

levantarse los hombres de cuarto de media noche, surgen en medio del mar ocho fogatas de resplandor espantable. Véase á la luz de las llamas cómo las chalupas inglesas que han remolcado los ocho brulotes se alejan á fuerza de remo, mientras la marea empuja regularmente la inflamada flotilla hácia la costa á lo más espeso de la armada.

Un incendio puede combatirse: ya el capitán Serrano ha montado una barca y se aferra á un brulote para desviarlo de la escuadra. Pero de repente se recuerda á Gianivelli y la máquina infernal del sitio de Amberes. En aquella ocasión avanzaban tras las barcas luminosas dos sombrías masas: sin duda vienen también ahora; hay seguramente aquí como allá alguna invención diabólica (1). Un terror pánico embarga todos los ánimos, y el duque de Medina Sidonia, tan receloso como el negro amarrado al banco, ordenó por señales levar anclas. Luégo al punto corren todos á las cuerdas y á los remos; córtanse los cables á hachazos; se dejan las anclas en la rada, chocan unos con otros y arrostran de nuevo la escuadra inglesa. Al salir del abrigo, un fuerte noroeste empuja hácia los bancos de Dunkerque á la armada invencible, que pasa de largo «por delante de su propia casa, sin que la hubiese osado abordar una sola nao, tanto son vidriosas las cosas de la guerra (2).»

Al amanecer cuenta el duque sus navíos (3) á la altura de Gravelinas y no viendo á la galeaza *San Lorenzo* que montaba Don Hugo de Moncada, quiere volver á Calais á salvarlo y recobrar las abandonadas anclas.

El *San Lorenzo* no existía ya: en el tumulto de la noche hubo de chocar su timon con el ancla de la almiranta, y timon, barra, ancla, todo cayó á la mar (4), dando con el casco en la playa el viento y la marea. Sin demora acércanse los ingleses *Arch Royal* y *Margaret and Joan* y lo cañonean. Tendida la galeaza capitana, no puede hacer uso de su artillería y toda su dotación gana la playa á nado; don Hugo de Moncada queda únicamente á bordo con algunos valientes que

(1) Herrera. «Alguna invención de fuego como las barcas de Amberes.» Coloma «Creendo que era otra máquina cual la que se vió en el contra dique de Amberes... de tal manera atemorizaron los ánimos.»

(2) Herrera.

(3) *Doc. inéd.* tom. XLIII, p. 417. Esta relación continúa la del tomo XIV.

(4) Referencia del esclavo negro de Santa Cruz, que fué olvidado allí y puesto en libertad por los ingleses. «La galeaza capitana topó con el timon en la áncora de la galera padrona, por lo cual le fué fuerza yr á tierra.» (Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 18). Cabrera dice: «Por haber salido el timon de la aguja y el másculo de la femenella.»

muy luégo reciben la muerte (5). Los ingleses caen sobre la encallada nave y comienzan á saquear sus riquezas; pero Mr. Gourdan, gobernador de Calais, recoge á los náufragos y envía una chalupa á proteger al *San Lorenzo* que toca el suelo francés. La chalupa llega en el momento en que dan con las arcas del dinero los ingleses, los cuales rechazan á los marinos franceses y los arrojan al mar. Una descarga de las baterías de la plaza los obliga á abandonar sin dilación la presa.

Bien venidas las balas francesas. Ciertamente luchaban los ingleses con admirable heroísmo por los más preciosos derechos: con sus intereses iban unidos los de la civilización; pero su codicia de corsarios, la inmensidad del desastre, la impotencia misma de los bravos que no podían obtener una lucha cuerpo á cuerpo, nos imponen una especie de parcialidad para con los vencidos.

En alta mar luchaban á la vez los españoles con los ingleses que quemaban su último cartucho y contra el viento que cada vez más impetuoso los empujaba á la costa. Es el décimo día de la batalla, el último. El galeon *San Felipe* y *San Mateo* está tan acribillado de balazos que no es ya posible gobernarlo y deriva hasta Zelanda, en cuya costa encalla. El *Real* decae también de su rumbo y es impelido á los mismos parajes. La sangre de los remeros corre por los bancos. Los españoles de la aguerrida infantería piden un abordaje.—¡Cobardes, gritaban á los ingleses, gallinas luteranas, venid á las manos con nosotros! A las tres da lord Howard la señal de suspender el combate y envía á tierra á pedir pólvora.—Haced un estado demostrativo de las necesidades de cada navío, contestan los empleados de la reina con mucho sosiego.—Enviad todo lo que tengais de pólvora y víveres: nosotros nos lo repartiremos (6). Pero ya con la noche llega la tempestad. La armada pasa aún la mañana del día siguiente á vista de la escuadra inglesa luchando contra el viento.

#### VI.—Los vientos y los mares

El miércoles 10 de agosto, día de San Lorenzo, se retiran los ingleses. Ya no hay cañoneo ni nada más que el viento que silba en las jarcias y el mar cuyos golpes quebrantan las

(5) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 18. «Mataron la mas gente que se halló por haber salido muchos en tierra.»

(6) Send with all speed as much as you can... we pluck their feathers by little and little.»

popas: una tempestad del Sur empuja á la armada á regiones desconocidas. El duque de Medina Sidonia convoca á bordo de su galera á Don Antonio de Leyva y á los jefes de escuadra: el almirante de Castilla, Don Diego Florez, exclama que están perdidos.—Don Miguel, pregunta el duque al bravo Oquendo que había sobrevivido á la explosión de su nave: «¿qué haremos? Somos perdidos?»—Eso lo dice Diego Florez, contestó Oquendo; á mí mándeme solamente Vucelencia municionar de balas.

En este momento llega una barca de Amberes: Farnesio avisa al duque que puede retirarse á Emden, donde se le abrirán los arsenales para carenar sus barcos; él mismo se le unirá con su ejército pudiendo así abrumar á Holanda durante el invierno y á Inglaterra la primavera próxima.

Pero pocos hombres tienen el temple de Oquendo. La armada no puede admitir más que una idea, en aquella hora de desaliento, despues de una exaltación de diez días bajo un lúgubre cielo, y es la vuelta á España. Basta de radas extranjerías, basta de esfuerzos; España. El duque da la orden de costear la Escocia, doblar la punta norte y volver por el canal de San Jorge y las costas de Irlanda.

Pero la mar se hincha, el huracán acrece su violencia y la armada se dispersa entre la bruma. Abandonado á sí mismo cada navío, el duque no trasmite ya más señal ni orden sino que «Se remediasen como pudiesen» (1). No se tiene para beber más agua que la que cae de las nubes; los heridos sucumben, la tempestad, cada vez más recia, dura once días mortales.

¡Extraña fatalidad! En estos momentos hubiera podido Alejandro Farnesio penetrar en Inglaterra. La escuadra inglesa no se hallaba en estado de hacerse á la vela, sus marinos habían sostenido sus fuerzas, durante los diez días de batalla con pescado podrido, cerveza pasada y harinas averiadas, y estaban atacados de una epidemia que los mataba: el *Isabel Jonnas* hubo de perder doscientos hombres; el navío de sir Roger Townsend quedó reducido á un solo hombre; los demás apenas podían reunir tripulación bastante para levar anclas. Los recién llegados á bordo de los infectos barcos eran muy luégo atacados del contagio. Aquellos héroes que con prodigios de energía y actividad acababan de salvar á su país, caían víctimas

(1) Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 123. Relación de la galeaza *Zúñiga*.

de la avaricia de Isabel y de la venalidad que ella misma autorizaba. «Su graciosa Majestad, escribe Leicester el 25 de agosto (2), ha venido aquí conmigo á ver su campamento, lo que ha entusiasmado el corazón de sus leales súbditos.» Pero los reclutas de Leicester no habrían podido atajar los aguerridos tercios de Farnesio, y la reina Isabel lo comprende sin duda así, porque licencia á sus soldados tan luégo como pasa la revista. Leicester está fatigado y quiere aprovechar la estación de baños; detiéndose en su castillo de Kenilworth para pasar el día de su cumpleaños, siéntase á la mesa y cae muerto (3). Al saber la reina este golpe, ocurrido en el día en que ella también está ligada por influencias siderales, se estremece pensando en su propio horóscopo y cae en un acceso de demencia. Preciso es que el primer ministro Cecil arriesgue su cabeza para penetrar en la soledad en que permanece encerrada Isabel hace ya una semana.

Así, durante todo el mes de setiembre estuvo indefensa Inglaterra; y lo más curioso es que Felipe II tenía el presentimiento de esto, como quiera que el 3 del mismo mes envió á Farnesio la orden de pasar el estrecho y desembarcar en Margate (4). Pero estas combinaciones absolutas no se hacen más que en el gabinete, cuando no se tiene en cuenta para nada el instrumento humano ni las depresiones morales. Bien puede creerse que Alejandro Farnesio había mirado siempre con aprehensión el embarque de sus veteranos en barcos planos; que había retardado, como se le reprochaba (5), la obra de calafatear sus barcos en las cuales no tenía la mayor confianza; que no reprimía ya con tanta actividad los malos manejos de sus comisarios y administradores (6). Pero no se le debe reconve-

(2) Lodge, t. II, p. 376, Leicester to Sherwensbury. «Her gracious Majesty has byn here with me to see her camp and people, wich so enflamed the hearts.» La revista fué el 16 de agosto, la carta es del 25 (sistema gregoriano). Así, hacia ocho días que huyeron de Calais los españoles y seis que se disparó el último cañonazo, cuando se verificó esta famosa revista.

(3) Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 116. Despacho de Inglaterra del 17 de setiembre 1588, transmitido á Felipe II por Bernardino de Mendoza. «El conde de Lestre murió yendo á los baños casi súbito y en la mesma casa donde había hecho matar á su mujer.» (Hay aquí error: Amy Robsar fué asesinada en Cumnor-House; pero los recuerdos de Kenilworth estaban ligados á este asesinato. Walter Scott lo comprendió admirablemente). «La reina despues de su muerte, estuvo encerrada algunos días sola en su cámara, sin querer hablar á persona hasta que el tesorero y otros consejeros, rompiendo las puertas, entraron á verla.»

(4) No he visto esta carta, indicada por Motley, tom. II, p. 533.

(5) Coloma.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 115. Aviso de Flandes del 11 de agosto. El pasaje siguiente está anotado de mano de Felipe II. «Los comisarios no han mirado que á hurtar lo que han podido.»

nir por no haber arrastrado al mar un ejército consternado por el desastre de que había sido testigo: en todas las costas de Bélgica se recogían despojos y naufragos; más de mil trescientos españoles, salvados del espantable naufragio, hubieron de ser socorridos, equipados é incorporados en el ejército de Farnesio, y todavía hablaban con asombro de la prodigiosa actividad de los artilleros ingleses, de las privaciones pasadas á bordo, de los crujidos de los cascos, de los gritos de los naufragos, del silencio paavoroso de los ahogados.

Sin embargo, los que fueron arrojados por el mar al alcance de Farnesio ó cayeron prisioneros de los holandeses, pudieron tenerse por los más dichosos de la armada: el huracán arrastró á los otros al mar del Norte, donde al través de las nieblas reconocieron las Orcadas, Shetland y Feroe, «islas tenebrosas y mal seguras» (1), siendo impelidos hasta el 63° (2). En fin, el 8 de setiembre sopló el viento al noroeste y las proas se dirigieron hácia el canal de San Jorge. Se han consumido ya las provisiones embarcadas en la Coruña á mediados de julio, y viene el hambre sobre la fatiga y la sed. Después de muchos sufrimientos, se descubren las verdes costas de Irlanda. Allí hay católicos; allí hay agua y reposo. Los españoles se lanzan á la playa sin cuidarse del navío ni de los más posttrados de sus compañeros, que acaso no podrían saltar en tierra, y se arrastran hambrientos y moribundos. «Los oficiales ingleses que los recogen, sin concertarse entre sí, están unánimes en la opinión de que no hay que emplear más que un método con aquellos aventureros, y es pasarlos todos al filo de la espada (3).» Sir Ricardo Bingham, gobernador de Connaught, escribe al saber la ejecución de estos naufragos: «Después de haberlos despachado así, hemos consagrado el día entero del domingo en glorificar y dar gracias á Dios Todopoderoso» (4). Se había tenido buen cuidado de desnudar á los moribundos antes de matarlos para no ensangrentar sus vestidos, ya estropeados por las aguas del mar, dejando los desnudos cuerpos á lo largo de la playa. «Cuando yo estaba en Sligo, dice un inglés (5), hube de contar en la

arena, en una extensión de unas cinco millas, hasta mil y cien cadáveres, y la gente del país me aseguró que los había también en otros parajes, aunque en menor número.»

Los irlandeses, bien que católicos, no escrupulizaron participar de las riquezas que traía la mar. «Su opinión era muy dudosa antes de la victoria, escribe un oficial inglés; pero luego que vieron la desnudez y aniquilamiento de nuestros enemigos, degollaron á cuantos pudieron.»—Y refiérese en otra memoria: «El abatimiento de los naufragos era tal, que un hombre solo acabó con su hacha más de ochenta» (6).

No todos llegaban á nado y moribundos. La galera *Rata* de Don Alonso de Leyva, arribó al pié de una torre vieja, donde se atrincharon los mosqueteros españoles. Siguiéron su mismo rumbo la urca *Santa Ana* y la galeaza *Girona*, que se estrelló algunas horas después de haber saltado en tierra su gente. Con esto se encontró Leyva al frente de dos mil hombres, pero sin víveres ni pólvora. Una patrulla inglesa topó una noche con esta mísera tropa, mató á los primeros, se cansó de herir y maltratar á otros, que no tenían fuerzas ni para manejar un palo y despojólos á todos de sus vestidos y joyas, abandonándoles luego. Un jefe irlandés, O'Neil, les suministró víveres (7), y reparando la *Girona*, pudieron, en fin, embarcarse á últimos de noviembre; mas apenas se hicieron á la vela, cuando una nueva tempestad echó á pique la combatida nave y todos se ahogaron, salvo nueve marineros de las tres tripulaciones.

El gobierno inglés calculó en cuatro mil el número de españoles ahogados en el canal de San Jorge, suponiendo otros tantos muertos en las playas. «Y veis aquí cómo Dios ha combatido por S. M. contra esos idólatras» (8).

La galeaza *Zúñiga* pudo refugiarse en el Havre (9) y comparar la hospitalidad de los franceses con la de los irlandeses á quienes se pretendía emancipar.

Impelida por la tempestad, había ido tan lejos la *Zúñiga* hácia el norte, que no pudo arribar á Irlanda sino después de seis días de navegación de retorno, fondeando en un ansa el 14 de setiembre. «Los habitantes son rús-

(1) Cabrera.

(2) Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 123.

(3) Es un protestante, contemporáneo nuestro y á nuestro lado, quien escribe estas palabras. Creeríase que aconsejaría aun los mismos procedimientos (Froude, tom. XII, pág. 502).

(4) «Thus having made a clear dispatch of them, we rested Sunday all day giving praise and thanks to Almighty God.»

(5) «I numbered on one strand of less than five miles in length eleven hundred dead bodies of men.»

(6) «With his gallowglass axe.» No he podido comprender qué especie de hacha era esta.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1569, pieza 7 y 40.

(8) «God hath wrought for Her Majesty against the idolatrous enemies.»

(9) Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 123, y K. 1567, piezas 148, 152 y 153. Relaciones al rey de Don Juan de Saavedra y Pedro de Igualdo, y declaraciones de varios.

ticos y salvajes... y era tan notable nuestra necesidad de bastimentos que se nos murieron de hambre y sed cerca de ochenta soldados y forzados.» Volviendo á hacerse á la mar, encontró un barco francés que la escoltó hasta el Havre, donde «se nos hacia buen acogimiento y todo buen tratamiento.» Pero la compasión de las buenas gentes del Havre se extendía también á los remeros, lo que no comprendían los españoles: la sensibilidad del francés no podía tolerar que, después de tales pruebas, continuaran los pobres forzados remando toda su vida. Ya el rey de Francia había dado libertad á los trescientos galeotes, héroes en su mayoría, de la galeaza encallada en Calais. Y hé aquí cómo los honrados visitantes que llenan la *Zúñiga* con pretexto de curiosidad, liman los hierros de los forzados franceses que en ella encuentran y se los llevan confundidos entre la multitud, olvidando las limas en manos de los otros encadenados remeros (1). En esta sola galeaza, sin contar los que habían muerto en la demanda, había diez y siete remeros franceses por causas desconocidas. ¿Se habían comprado á los turcos? ¿Fueron apresados en los barcos de comercio que se arriesgaban á entrar en los puertos españoles? A favor de la emoción suscitada por sus miserias, doce remeros italianos y españoles pudieron recobrar también su libertad. Pero estos abusos de la hospitalidad francesa no se podían tolerar y se prohibió entrar á bordo á los curiosos. Después, para restablecer entre la chusma saludable disciplina «el gobernador él mismo con un palo está apaleándoles todos los días» (2).

#### VII.—El duelo en España

«Contra los hombres la embié, no contra los vientos y la mar» (3). Este dicho, bien sea de Felipe II, bien de alguno de sus teólogos que se lo aplicara, es el más feliz que se haya puesto jamás en boca de un vencido. Toda España creyó, y nosotros creemos hoy aún, que la tempestad se había tragado la armada invencible. Se han olvidado aquellas fortalezas flotantes

(1) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 152. Relación de Pedro de Igualdo del 7 de octubre de 1588.

(2) *Ibid.* piezas 152 y 153.

(3) Estas palabras solo las consignan Perono, *Dichos y Hechos*, y Mathieu, pero especialmente se leen en una *Vida de Felipe II* conservada Bb. 122, Bibl. de Madrid. Véase Gachard, la *Biblioteca de Madrid*, p. 122. Pero la misma *Vida* manuscrita existe igualmente en París, y fué reconocida por Morel Fatio, pág. 65 del *Catálogo de Manuscritos españoles*, como una nueva traducción de la cuarta narración del libro I de la *Historia de Francia* de P. Mathieu, París 1606, en 4.º tom. I, pág. 95 á 148. Además se había publicado en Madrid en 1788 por Antonio Valladares de Sotomayor.

que se agrupaban aturdidas como un rebaño de ovejas, bajo el cañoneo de los victoriosos, aquellos alados barcos que las acosan y acribillan, aquella triste retirada á la bahía de Calais, aquel terror ante los brulotes. Jamás con una sola palabra se ha arrancado tan completamente el prestigio de la victoria.

Pero la noticia no cundió en un solo día. Felipe II estuvo torturado espacio de dos meses por los episodios que se le trasmitían de París, de Brujas, de Venecia. Al principio se le anuncia una gran victoria: Bernardino de Mendoza escribe de París que los españoles han destruido quince barcos ingleses y son dueños del estrecho. Felipe se da prisa en transmitir á Farnesio esta importante nueva (4). No cabe dudar de ello, cuanto más que por espacio de doce días se le anuncian otras victorias (5). Sin embargo, pone al márgen de una de estas cartas: «Miedo he que será esto como lo de la nueva primera que embió.» Tiene en la mano una relación inglesa del 10 de agosto, en que se lee (6): «Nuestros navíos han tenido gran falta de pólvora y la tienen aún.»—Entiendo, escribe Felipe, que se habla aquí de navíos ingleses. No pierde su serenidad, y cuando Bernardino, siempre crédulo, le dice: Isabel ha huido á San James, pone el rey al márgen: «Casa de recreo que fué monasterio» (7). Pero cuando el embajador, obstinado en verlo todo por este fausto prisma, escribe diciendo todavía (8): La escuadra inglesa se ha retirado á sus puertos; la nuestra acaba de desembarcar sus tropas en Escocia. «No sé, escribe al márgen el rey, no sé como habiendo visto esto Don Bernardino y lo que se sigue después, dió tanto crédito á los avisos de ayer.»

Felipe supo, en efecto, á fines de agosto, por conducto de Farnesio, el desastre de Calais. S. M. lo ha sentido más que se puede creer, escribe á Farnesio el confidente Don Juan de Idiaquez (9); y si no tuviera la esperanza de

(4) *Corresp. de Felipe II*, t. II, Prólogo, p. 77.

(5) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 118, del 13 agosto, pieza 122, del 20, y K. 1568, pieza 97, otra carta del 20.

(6) Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 93. Esta relación está en francés. La nota del rey dice textualmente: «Que los ingleses creo que dice.»

(7) *Ibid.* pieza 97.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 131, del 30 agosto.

(9) El 31 agosto 1588. *Corresp. de Felipe II*, t. II, Prólogo. Este pensamiento no es el que da la traducción de Gachard: yo creo que expresa mejor el espíritu de la carta, bien que no sea literal la versión. Hé aquí el pasaje textual: «Y si todavía no quedare alguna esperanza en Dios de que podría haberse servido de responder por su causa, y que si la vuelta del Armada ha dado ocasión á V. E. la habrá sabido tomar de suerte que no se le escape de las manos, no sé cómo se llevaría un sentimiento tan grande.»

que Dios le tendrá en cuenta lo que se ha comprometido por su causa, ó si no pensara que costearo la armada esos estados, os habrá dado ocasion de desquite, no sé cómo soportaría un dolor tan cruel.

Ciertamente no hubiera dejado el rey pasar esta carta si se le hubiera mostrado, porque en la minuta de otra que hizo un secretario para el mismo Farnesio, borra Felipe esta frase idéntica: «Es de esperar que habreis aprovechado la ocasion de volver por nuestra reputacion,» y pone en su lugar: «En lo que Dios hace, no hay que perder ni ganar reputacion, siendo lo mejor no hablar de ello.»

Pero muy luégo sabe los naufragios ocurridos en Zelanda, los turbiones que impelen los navíos hácia Noruega (1) y los tristes pormenores de las matanzas en las costas de Irlanda, los nombres de los bravos que han muerto de hambre ó al hierro de los campesinos, «le duele extraordinariamente no aver acabado de hacer un tan gran servicio á Dios» (2). Había querido ayudar á Dios y Dios no quiso aceptar su ayuda. Que los ingleses estuvieran destinados á volver al regazo de la Iglesia católica era cosa evidente: Felipe quiso ser elegido para esta conversion; pero Dios reservaba esta gloria para otro: su deber era resignarse á la voluntad de Dios. Y se replegaba ya en la serenidad de su fatalismo, cuando recibió la noticia de la llegada á Santander de los tristes despojos de la expedicion. Cincuenta y tres navíos volvieron uno á uno en la última semana de setiembre. «Es lástima verlos; no hay quien conciba tanta miseria» dice un testigo al ver estos últimos sobrevivientes (3). Bien puede creerse que Don Cristóbal de Mora y Don Juan de Idiaquez vacilaron en la antecámara del rey al ir á anunciarle este regreso (4). Por fin entró Mora y encontró á Felipe escribiendo (5).—No tenemos nada que decir, dijo saliendo de la real cámara; el rey no dice nada.

Las privaciones habian sido tan crueles que los expedicionarios iban sucumbiendo uno tras otro al tocar en tierra. Todas las familias estaban de duelo. Y aún se esperó largo tiempo á que fueran llegando otros navíos. Un despacho de Venecia hizo creer por un momento que

(1) Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 110.

(2) *Corresp. de Felipe II*, t. II, Prólogo, Don Juan de Idiaquez á Farnesio.

(3) García de Villejo al secretario de la guerra, 10 octubre 1588.

(4) Lothrop Motley admite el hecho, pero solo se encuentra en Damian Strada, t. II, p. 564. Sabido es que este escritor, que tuvo en sus manos toda la correspondencia de Alejandro Farnesio y la de su madre, no hacía escrúpulos de una narracion novelesca.

(5) «Scribentem litteras.»

Don Alonso de Leyva habia salvado veintiseis navíos y sublevado la Irlanda (6); pero la realidad apareció muy pronto. Nadie volvió: los herederos de las principales casas que acompañaban á Leyva, perecieron con él tragados por la mar. Vinieron luégo las narraciones de los cautivos rescatados. La de Gonzalo Gonzalez del Castillo es por demás triste.—Naufragué, dice, el 6 de noviembre con la urca *San Pedro el Mayor*: era la época en que los ingleses estaban ya cansados de matar, y la reina, despues de retenernos un año en dura prision, nos distribuyó como esclavos á sus favoritos. Tocónos en suerte á mí y á algunos otros William de Courtenay, que muy luégo nos redujo á prision más rigurosa, exigiéndonos cinco mil ducados de rescate. Nos quejamos á la reina de tan duro tratamiento y esto fué causa de que se nos tratara peor, encerrándonos en un calabozo á panyagua.

Despues de dos años de cautiverio, fueron los infelices conducidos á Bretaña y vendidos al duque de Mercœur, quien los puso en aptitud de volver á su país (7).

La desesperacion fué tanto más profunda, cuanto más exaltado habia sido el entusiasmo. Pocos meses ántes se habian recitado con orgullo estos versos de Góngora (8):

*Levanta, España, tu famosa diestra:  
Desde el francés Pirene al moro Atlante  
Haz, envuelto en durísimo diamante,  
De tus valientes hijos feroz muestra.*

*¡Oh reina torpe!..... reina no, mas loba  
Libidinosa y fiera...*

Por fortuna fué Lope de Vega uno de los sobrevivientes. En cuanto al duque de Medina Sidonia, se encerró silencioso y desesperado. Felipe II tuvo la prudencia de no hacerle responsable de la catástrofe. Una memoria secreta decia: «Si la armada fuera gobernada como convenia y los que la habian á cargo se quisieran prevaler de las ocasiones que se le han presentado y ejecutarlas, el Rey de España era tan rey de Inglaterra hoy como lo es de España.» En esta memoria se leen todavía estas palabras de Felipe: «Es un error lastimoso (9).»

(6) Ms. Arch. nac. K. 1574, pieza 8, del 17 noviembre 1588.

(7) Ms. Arch. nac. K. 1592, pieza 81, del 9 marzo 1592. La vuelta á la patria data del mes de febrero anterior.

(8) Góngora nació en 1561 y murió en 1627. «A la Armada que el rey Felipe II envió contra Inglaterra.»

(9) Ms. Arch. nac. K. 1568, pieza 131. Textualmente: «Esto primero es heregía lastimosa.» Creo ó haber leído mal ó que la real mano escribió heregía por error.

## CAPÍTULO X

### PRIMERAS REPRESALIAS DE LOS INGLESES

1589-1592

#### PREPARATIVOS DE REPRESALIAS.—EXPEDICION DE PORTUGAL.—CRUCEROS MARÍTIMOS

##### I.—Preparativos de represalias

Una de las más penosas preocupaciones de Felipe II fué el temor de un nuevo ultraje en sus costas como el de la bahía de Cádiz el año precedente: los ingleses no podian dejar de perseguir á los fugitivos. Si hubiera podido conservar la menor ilusion sobre el prestigio de España, los informes de sus espías de Inglaterra no le dejaran ignorar la necesidad de defenderse á su vez contra una invasion. El pérfido *Julio*, que habia salido de Paris poco tiempo despues que Enrique III y vuelto á Inglaterra, indicaba á Mendoza el número de navíos que se habian armado, los capitanes, los jefes de los cuerpos de desembarco (1) y continuaba cobrando una subvencion (2). Comunicábase los informes á Felipe II, el cual los anotaba de su mano (3), informes que revelaban que desde noviembre de 1588, Francisco Drake y los hermanos Norris tenian conferencias con el pretendiente Don Antonio para preparar una invasion en Portugal. De esta manera «cuando se le hubiera dado que hacer en este reino al rey de España, seria más fácil asaltarlo en las Indias ó en la misma España» (4).

Don Antonio se agitaba entre intrigas y miserias, desde el fracaso de su tentativa en las Azores. «Da compasion verlo, decia un inglés (5): está literalmente en el caso de morirse de hambre.» Felipe II habia prometido cincuenta mil ducados á quien se lo entregara (6), y le seguia los pasos en Lóndres y en Marruecos por medio de su confidente *San-*

(1) Ms. Arch. nac. K. 1567, pieza 182, del 26 noviembre 1588; K. 1568, pieza 56, de mayo 1589, y pieza 135, de diciembre 1588.

(2) *Ibid.* K. 1568, pieza 82.

(3) *Ibid.* K. 1568, pieza 131.

(4) Palma Cayet.

(5) Stafford to Walsingham. «Truly you would pity the poor man's case, who is almost next door starving in effect.»

(6) Felipe II á Tassis, 15 y 28 de marzo 1585 (segun Motley, tomo I, pág. 68).

*son* (7). Los demás confidentes de Don Antonio no valian más tampoco. El uno, Gaspar de Ayran, se dejó sorprender en Marruecos con una mora y fué reducido á prision; el otro, Manuel Godín, apaleó en las calles de Lóndres á Antonio de Brito, emigrado como él y huyó á Francia (8). Extraños personajes frecuentaban aquella corte miserable. «El capitan que V. sabe, escribe un agente de Felipe (9), me refrescó muchas veces la memoria de sus promesas y me aseguró con juramento que, si el Rey nuestro señor será servido dello, no le faltará el modo de desembarazar el mundo de persona tan dañosa al bien público.»

En medio, pues, de estos aventureros hubieron de preparar el plan de un levantamiento en Portugal Francisco Drake, los hermanos Norris y el conde de Essex. Creyeron bajo la palabra de Don Antonio, que no tenia doce libras para pagar sus deudas (10), que los católicos de Portugal estaban dispuestos á acoger á aquel triste pretendiente presentado por un ejército de protestantes, y se hicieron á la vela en abril de 1589 con ciento cincuenta navíos y veinte mil hombres.

Así, cuando el invierno apénas ha terminado, los barcos que volvieron del mar del Norte no han reparado aún sus averías, las viudas de los naufragos están de duelo todavía, los reclutas no han ingresado en los depósitos de los cuerpos, y veis aquí que viene á caer sobre España la plaga de una invasion. Felipe II se siente un momento abatido. ¿Cómo defenderse de esta agresion? ¿Le seguirán siendo fieles los portugueses? ¿Suministrará dinero el papa? «El sacar el dinero, escribe el embajador Oliva-

(7) Ya he dicho que *Sanson* parece ser Don Antonio de Escovar.

(8) Ms. Arch. nac. K. 1565, pieza 76.

(9) *Ibid.* K. 1566, pieza 8, Don Pedro d'Oudeyherste á... (?)

(10) Strype, *Anales*, t. III, p. 450. Pidense á lord Burleigh doce ó trece libras para pagar las deudas del pretendiente.